

Prefacio

En mis veinticinco años de experiencia en el mundo de la consultoría, la formación y el coaching, he preguntado a mucha gente si les gustaría vivir el resto de sus años con ilusión. La respuesta es obvia. Todos han respondido: ¡claro! También he preguntado a quién le gustaría ser feliz, mejorar su calidad de vida y conseguir aquello con lo que siempre han soñado. La respuesta, de nuevo, es obvia: todos.

Y, sin embargo, he conocido a muy poca gente que realmente hiciese algo para conseguir todo esto. A la hora de la verdad, todo son excusas: la culpa no es mía; esto es lo que tengo; es el gobierno, la empresa, la familia... La mayoría de la gente que he conocido adopta esta actitud ante la vida. Sin ilusiones, sin ganas, simplemente dejando pasar los días, dando por seguro que lo que les gustaría conseguir está fuera de su alcance, que es imposible en su situación, que otros podrían porque viven en circunstancias diferentes... De nuevo, todo son excusas. Unos mejor y otros peor, pero trabajan y trabajan, sin tiempo para pararse a pensar: ¿es esto realmente lo que quiero? Se dedican a lo tangible, a la lucha diaria, y dejan de lado todo lo intangible, los sentimientos, los proyectos, los sueños.

Sólo unas pocas personas viven realmente como han decidido vivir y han trabajado, luchado, creado y construido en esa dirección. Porque saben lo que quieren. Por-

que la vida no es eso que pasa mientras estamos haciendo otras cosas. Y porque, si hay una cosa que está absolutamente en nuestras manos, es el poder de decidir.

A menudo, durante el ejercicio de mi carrera profesional, he querido conocer la respuesta a esta pregunta: ¿cuál es la única persona a la que yo puedo cambiar?

La respuesta, normalmente, es la esperada: a mí mismo. Sin embargo, de nuevo, la práctica es muy diferente. La mayoría de las personas quieren cambiar todo cuanto les rodea, pretenden transformar a los demás, pero no a sí mismas. Porque autoexaminarse supone un esfuerzo de sinceridad que pocos están dispuestos a hacer. Y porque sólo algunos individuos se dan cuenta de que las cosas empiezan a ser diferentes cuando uno comienza a cambiar.

Sin embargo, para todos aquellos que desean realizar un cambio en sus vidas, éste es mi mensaje: primero párate, reflexiona, conócete a ti mismo, deja fluir las emociones, busca en tu interior. Después, pregúntate: ¿por qué trabajo?, ¿por qué soy padre o madre?, ¿por qué estoy triste?, ¿por qué estoy de mal humor?, ¿por qué me preocupo?, ¿por qué no cambio?

Por ello, he escrito esta breve historia. Es el cuento que un padre relata a su hijo de diez años para ayudarle en un momento de responsabilidad y cambio. La fábula parte de los problemas que atraviesa una charca, donde las ranas están tan desmotivadas que incluso han dejado de croar y saltar, y cuenta la experiencia de seis de ellas elegidas para embarcarse en una aventura en busca de UN PORQUÉ. Deben encontrar una razón para seguir viviendo en la charca y, sobre todo, para vivir mejor. Sin embargo, las

Prefacio

experiencias, aventuras y personalidad de cada una de las ranas les conducirán no a hallar un solo PORQUÉ sino seis. Son seis respuestas diferentes a un único y gran interrogante.

El primer paso para el cambio es

DESCUBRIR TU PROPIO PORQUÉ



1

Un cuento para todos

En el preciso momento de introducir la llave en la cerradura de su casa, Pedro se sintió aliviado. Estaba a punto de penetrar en territorio aliado. Regresaba, como cada día, después de horas bregando ahí afuera —en eso que llaman mercado laboral—, con la sola ilusión de encontrar a su familia reunida alrededor de la mesa y a su pequeño Kike todavía despierto, aguardándole para el último beso de buenas noches. Eran las nueve y media, más tarde de lo que hubiese deseado, y durante el camino de vuelta había ido planeando el cuento que le explicaría ese día antes de dormir: *El soldadito de plomo*. Había esperado unos años antes de contárselo, porque suponía lo duro que debía ser para un niño aceptar que el soldadito cojo y su bailarina enamorada acababan siendo devorados por las llamas de la chimenea sin que nadie se preocupase lo más mínimo de ellos. Pero ahora Kike ya estaba preparado, tenía diez años y empezaba a entender muchas cosas de la vida. Cada día le sorprendía con sus comentarios, a veces tan adultos. Era un niño extraordinario.

Al entrar, Pedro dejó su cartera y su abrigo en el recibidor. Se había traído trabajo a casa, pero tendría que esperar. Lo primero era lo primero. Al entrar en el comedor, encontró a su mujer, que salía de la cocina. Estaba atarea-

da, como siempre, pero no le faltó tiempo para darle un beso de bienvenida.

—¿Y Kike? ¿Ya está dormido?

—Uf, no. Éste hoy no se duerme. Está muy nervioso.

—¿Por qué?

—Ve y descúbrello tú mismo. Te está esperando para contártelo —y le dio un pequeño empujoncito en la espalda, con una sonrisa de complicidad.

—Espera, ¿y los chicos?

—No vienen a cenar. Marta se queda a estudiar con las amigas. Y Carlos estará por ahí, divirtiéndose.

Pedro suspiró. Sus hijos habían crecido y ya tenían su propia vida. ¡Qué le iba a hacer! Sabía que ese momento llegaría, pero aun así le molestaba que no estuviesen en casa durante la cena. Se consoló pensando que al menos Kike le estaba esperando.

Cuando llegó a la habitación, encontró la luz encendida y a su hijo acostado, con los ojos abiertos.

—¿Qué haces que no apagas la luz?

—Te estaba esperando —respondió el pequeño. Y, de un salto, se deshizo del edredón y se arrodilló sobre la cama—. Tengo que decirte una cosa.

Con un dedo le hizo un gesto para que acercara su oído. Lo que tenía que decirle era tan importante que merecía ser contado como un secreto, cuchicheando. Pedro encontró la situación divertida. Su pequeño también estaba creciendo, pero seguía siendo una criatura. Se inclinó y acercó su oído, dispuesto a escuchar.

—¿Recuerdas aquella redacción que hicimos la semana pasada en el cole?

Pedro asintió con la cabeza. La recordaba perfectamente.

—Pues esta mañana, la directora del colegio, no mi profesora, imagínate, la directora misma, ha venido a felicitarnos por las redacciones. Ha dicho que estaban muy bien escritas. ¿Y sabes qué?

Pedro negó con la cabeza.

—Pues ha dicho que había dos redacciones muy buenas, excelentes, ha dicho. La de Juan, el niño que se sienta delante de mí, y ¿a qué no sabes de quién es la otra?

Pedro volvió a mover la cabeza, mientras sonreía para sus adentros.

—La mía, papá. Ha dicho delante de toda la clase que mi redacción era excelente.

— ¡Felicidades! ¡Eres el mejor! —exclamó Pedro, realmente orgulloso.

—No, pero espera, aún hay más —dijo Kike, volviendo a invitar a su padre a acercarle el oído.

Pedro se inclinó de nuevo.

—La directora nos ha escogido para redactar y leer el poema de Navidad de este año. ¿Te das cuenta papá? ¡Estarán todos los niños de la escuela y todos los padres!

—¡Vaya! —exclamó Pedro. Esta vez, además de contento, empezaba a sentirse intrigado—. ¡Felicidades de nuevo!

Ahora Kike se había despegado del oído de su padre. Era un torbellino de palabras.

—Tengo quince días para prepararlo, pero no quiero escribir un poema cualquiera. He de escribir el mejor

poema que hayan escuchado nunca, sobre un tema nuevo, algo que no se haya hecho antes. ¡Todo el colegio lo oirá!

Pedro empezaba a temer por el peso de la responsabilidad que recaería sobre su hijo.

—Pero, ¿ya tienes alguna idea sobre lo que escribirás?

—No —respondió el pequeño—. Pero lo haré. Y lo haré bien.

La seguridad de Kike sorprendió a su padre. Se le notaba nervioso y, sin embargo no dudaba ni un momento, no parecía que tuviese miedo. Pedro había asistido a varias fiestas de Navidad en ese mismo colegio, donde también habían estudiado sus dos hijos mayores. Por eso, sabía que por Navidad el salón de actos estaba a reventar de gente. Pero su hijo era un niño desenvuelto, nada tímido, estaba seguro que no se amedrentaría ante tanto público.

—Pero no quiero que esto te quite tiempo para los estudios —observó al fin Pedro.

—No te preocupes, papá. Lo haré en el tiempo libre, el fin de semana o el rato de las tardes que paso mirando la tele. Tengo que hacer un gran poema, mejor que el de Juan.

Mientras decía esto, Kike miraba hacia el techo con los ojos abiertos como platos... pero no veía nada. Estaba dejando volar su mente, como sólo los niños son capaces de hacer. Se imaginaba a sí mismo ante el gran auditorio de la escuela, repleto de gente, incluso con personas de pie. Sus mejores amigos, en primera fila, junto a sus padres. Un gran foco de luz le iluminaba, solo en mitad del escenario. Impecablemente vestido y seguro de sí mismo, recitaba sin necesidad de papel, porque había aprendido de memoria

el poema, lo había ensayado decenas de veces ante el espejo. Y no tenía miedo de equivocarse, sabía que la mente no le fallaba nunca en estas circunstancias. Recitaba vocalizando bien, sin correr, pausadamente y realizando todas las entonaciones y gesticulaciones a la perfección, mientras sentía sobre sí las miradas y la admiración de sus compañeros. Kike imaginó cómo le aplaudiría el público cuando terminase de leer su poema, un aplauso sincero y largo. Imaginó que descendería del escenario por una de las escaleras laterales y que sus padres le recibirían emocionados, con un abrazo. Y que sus amigos le rodearían y le dirían que lo había hecho muy bien, que era un campeón. Y al imaginar todo esto, sintió cómo se le ponían los pelos de punta y hasta se le humedecían los ojos. De pronto, empezó a reír.

—Kike... —Su padre le sacó, extrañado, de sus reflexiones—. ¿Me escuchas?

—Perdona, papá. Me estaba imaginando cómo será el día de la fiesta, con el salón de actos lleno. Lo estaba viendo. Tú y mamá en primera fila, junto a mis amigos de clase. Ya estoy escuchando los aplausos de la gente.

Pedro también rió. Disfrutaba viendo a su hijo tan ilusionado.

—¿Me ayudarás, verdad? —dijo Kike—. Podemos buscar en internet un tema diferente para el poema.

—¡Claro!

—Gracias papá. Sé que puedo contar contigo.

—¿Estás nervioso?

—No. Solamente quiero hacerlo muy bien... bueno, un poquito.

—¡Y lo harás! Estoy completamente seguro. Eres un chico desenvuelto e imaginativo. Puedes enfrentarte a lo que sea.

Pedro se sentía totalmente convencido de lo que decía. Su hijo estaba tan ilusionado con el poema que nada le parecía un obstáculo. Ni redactarlo, ni recitarlo, ni aguantar la presión del público... Sería capaz de vencerlo todo, porque tenía claro que lo quería hacer. Tenía un porqué. Las razones que le movían eran tan fuertes que nada ni nadie podrían desanimarle. Incluso ya se estaba creando imágenes mentales sobre cómo sería la fiesta. Pedro sabía que eso era bueno y se sintió orgulloso de su hijo.

Pero se estaba haciendo demasiado tarde y, a la mañana siguiente, las obligaciones les reclamarían a ambos.

—Y ahora a dormir.

—No sé si podré —dijo Kike—. Estoy nervioso.

—Claro que podrás. En cuanto te arrope y te explique el cuento que tengo preparado para hoy.

—¿Cuál?

—Es nuevo. Es una sorpresa.

Pero ya no era *El soldadito de plomo*. Dejaría para otra ocasión el drama del soldado cojo que acabó devorado por las llamas. Mientras escuchaba a su hijo, Pedro se había dado cuenta de que había llegado el momento de explicarle a su hijo la fábula de *El reino de las ranas*.

—¿Un cuento nuevo? —Kike se metió de nuevo, de un salto, entre las sábanas—. ¡Hoy es un día lleno de sorpresas!

Su padre lo arropó en la cama y le dio un abrazo, mientras pensaba que nada en el mundo podía superar la ener-

Un cuento para todos

gía y la fuerza que despide la ilusión de un niño. Iluminados por la tenue luz que penetraba desde la sala, Pedro empezó su relato.